

reclutas, sustrayéndose todos los años á la conscripción veinticinco mil jóvenes. De esta suerte, el efectivo del ejército era tan pequeño que, no bien amenazaba una guerra, había que convocar el *landwehr*, llamando á hombres de edad madura, casados en su mayor parte y cuya marcha desorganizaba la vida-económica del país. Todo el mundo reconocía la necesidad de una reforma radical. El teniente coronel Clausewitz y el general Voigtz-Rhetz bosquejaron las líneas generales del proyecto, apoyados por Alvensleben y, especialmente, por Manteuffel, consejeros militares del Príncipe regente. Éste, que desde su juventud se había dedicado al estudio de las cuestiones militares, les alentó en la empresa, se penetró de sus ideas é hizo de la reforma cuestión de honor personal. Con el nuevo régimen, se restablecía el servicio universal y se prolongaba dos años la duración de la reserva, obteniéndose así un ejército de primera línea de cuatrocientos mil hombres y evitándose la necesidad de llamar con tanta frecuencia el *landwehr*, que se conservaba, pero no más que hasta los treinta y dos años y como ejército de segundo orden. Después de la movilización de mil ochocientos cincuenta y nueve, el Regente pidió á las Cámaras nueve millones y medio de *thalers*, para llevar á cabo la reorganización proyectada.

La suma pareció fuerte. Por más que Guillermo cuidó de declarar, en la exposición de motivos, «que no tenía intención de romper con la herencia de una gran época y que el ejército prusiano sería, después como antes, el pueblo prusiano en armas», se hallaban frente á frente dos concepciones opuestas. Boyen, Scharnhorst y los reorganizadores de Prusia en los comienzos del siglo, idealistas, educados en la escuela de Kant y bajo la influencia de la revolución francesa, creían que la nación armada bastaba para garantir contra cualquier ataque la independencia del país; Clausewitz, Voigtz-Rhetz, Roon y los iniciadores de la reforma de mil ochocientos cincuenta y nueve, realistas y profesionales, querían «no un ejército nacional, sino una nación militar». Los demás países tienen un ejército, se dijo; Prusia es el ejército que tiene un país. Los temores de la Dieta eran tanto mayores cuanto que la mayor parte de los nuevos puestos iban á ser para los nobles, y la burguesía hallaba muy duro imponerse ominosas cargas para aumentar la influencia de una casta execrada. Por otra parte, la mayoría estaba disgustada del ministerio por haberle rehusado las dos cosas que más deseaba: la reforma radical de la Cámara alta, donde los feudales enterraban todos sus proyectos, y depurar la administración. Compréndese ahora que el conflicto estallara con motivo de la reforma militar, que lastimaba intereses tan hondos, sin que anduvieran muy cuerdos los liberales en plantear la lucha en un terreno en que habían de contrariar al soberano en el más caro de sus empeños.

La Dieta votó en mil ochocientos sesenta los créditos necesarios para la reforma, provisionalmente. Esto fué otra torpeza; porque no había de renunciar el gobierno á una obra ya realizada. Así fué. Cuando después que los regimientos provisionales hubieron tomado puesto en el ejército regular y recibido sus banderas, la Cámara pidió que se su-

primieran, el príncipe se indignó con razón, por lo que consideraba usurpación injustificable. En mil ochocientos sesenta y tres, no se logró que se votasen los créditos sino al cabo de discusiones tempestuosas: la oposición crecía, el debate se ensanchaba. La mujer del regente, Augusta, su hijo, su nuera, la hija de la reina de Inglaterra, le suplicaban no separarse de la mayoría: sus consejos, sin convencerle, le entristecían; sufría crueles luchas de conciencia. El ministro de la Guerra, Roon, para tranquilizarle, trataba de probarle la legitimidad de su conducta. Oficial de mérito y administrador de primer orden, Roon trabajaba en completar á toda prisa la organización del nuevo ejército, al que el fusil de aguja aseguraba extraordinaria superioridad material, y había de dársela, en lo moral, el cuerpo homogéneo de oficiales sostenidos por fuerte espíritu de casta que estaba preparando. Moltke, que desde mil ochocientos cincuenta y ocho se hallaba á la cabeza del estado-mayor general, combinaba el plan de movilización, estudiaba el uso de las vías-férreas y creaba la guerra científica moderna. Guillermo seguía paso á paso todos estos progresos, veía elevarse ante sus ojos el poderío prusiano, como por ensalmo, y soportaba con creciente impaciencia las críticas de los aficionados y de los legos, resuelto á no admitir propuesta alguna de transacción. Roon, si bien menos absoluto quizás que su señor, traía á la discusión hábitos de rudeza y sequedad, que envenenaban los debates; «toda su persona respiraba cierto aire de severidad y tristeza»; por su mirada provocadora, por su palabra escueta y cortante, por su paso violento y acompasado, así como era el tipo del oficial prusiano, había de ser el ministro del conflicto.

En los primeros días de mil ochocientos sesenta y uno murió Federico Guillermo IV, y su hermano, al tomar la corona «en la mesa del Señor», sintióse tocado del soplo místico que había inspirado á su predecesor. Los liberales pedían ampliar la Constitución prusiana, incompleta y oscura; querían, confiriendo á la Cámara el derecho de votar el impuesto y el contingente anuales, transformar la monarquía de templada en parlamentaria. «Prusia, les contestó Roon, no es una sombra de monarquía, como Inglaterra ó como Bélgica; queremos cortar las cadenas del águila, para que el rey, por la gracia de Dios, sea el verdadero jefe de su pueblo, el centro del Estado, el señor del país». La mayoría protestaba de su fidelidad, sin darse cuenta exacta de la transcendencia de sus reivindicaciones, sin advertir que el objeto del debate no era la forma, sino la naturaleza del gobierno, lo que explica el ardor y la tenacidad de las pasiones. Momento crítico este en que se fija el carácter de la monarquía prusiana tal como se ha conservado hasta hoy, hallándose el poder soberano del monarca como velado, no limitado, por el contrapeso de una asamblea consultiva.

No tardó Guillermo en apropiarse por completo las opiniones de Roon. «Soy el primer rey que toma el poder, dijo en el acto de la coronación, desde que se ha rodeado al trono de instituciones modernas; pero no olvido que la corona dimana de Dios». Conven-

cido «de que el poder militar es el depositario de la soberanía» y que los príncipes débiles que lo abandonan son víctimas de las revoluciones, atormentaba á menudo su espíritu el recuerdo de Carlos I; á pesar de lo cual avanzaba con miedo por el camino de la resistencia, sin advertir que las vacilaciones podrían traer consecuencias graves, frente á adversarios cuyo ardor y exigencias aumentaban á medida que se prolongaba la lucha. El partido progresista, que habían formado Schulze-Delitzsch, Juan Jacoby, Forkenbeck, Virchow y Mommsen, pedía un conjunto de reformas que hubiese asegurado el triunfo de la burguesía y del régimen parlamentario; las elecciones de mil ochocientos sesenta y uno pusieron de manifiesto la descomposición de los conservadores; los feudales estaban fuera de combate y Stahl muerto; Gerlach, Wagener, Blankenburg, habían sido derrotados. Intransigente la mayoría en las cuestiones militares, fué disuelta; mas el país sostuvo á sus representantes, volviéndose contra sus autores la ley de las tres clases y sirviendo la presión ministerial sólo para irritar más las pasiones. En las elecciones de mil ochocientos sesenta y dos, el triunfo de los radicales fué más completo que en las del año precedente: frente á doscientos cincuenta y tres liberales sólo aparecieron diez y seis conservadores. Después de un debate de siete días, la mayoría desechó una enmienda de Sybel y Twisten, de carácter conciliador, y suprimió los créditos suplementarios del presupuesto de la guerra, incluso los que habían sido ya votados. Entonces, el rey llamó á Bismarck al ministerio.

Othon-Eduardo-Leopoldo de Bismarck nació el año de mil ochocientos quince en Schænhausen, en la antigua marca de Brandeburgo. Pasó los años de su juventud desordenada y alegremente, y luego se retiró á sus tierras, hasta que en mil ochocientos cuarenta y siete fué enviado á la Dieta que convocara Federico Guillermo IV. La insolencia sarcástica con que combatió las nuevas ideas, su indiferencia con la opinión pública, su menosprecio de los lugares comunes y de las eminencias del día, causaron escándalo; pero nadie, ni sus mismos adversarios, dejó de reconocer el vigor y la flexibilidad de su talento. Su palabra era difícil y penosa; pero hallaba siempre, en el momento preciso, el rasgo oportuno, la imagen adecuada. De las tradiciones de su familia conservaba una piedad sencilla y viva, el desprecio de la democracia y de las ciudades, serenidad y valor á toda prueba, ideas claras, precisas, y confianza absoluta en su juicio. Formó parte, durante la revolución de mil ochocientos cuarenta y ocho, de la camarilla que combatió, en torno de Federico Guillermo IV, la política de los liberales, de los Camfausen, los Bunsen y los Radowitz. Las contradicciones, de que tanto se ha hablado, entre su conducta de entonces y la política que luego siguió, son más aparentes que reales; porque no desechaba la idea de la unidad de Alemania, sino las condiciones que el parlamento de Francfort quería imponer á Prusia, y si condenaba la guerra de los Ducados, era porque no le veía otra salida que sustituir, á la soberanía de Dinamarca, la de un principillo que

habría de ser vecino molesto y sospechoso. Entonces, creía aun en la posibilidad de una inteligencia cordial con Austria, creencia que abandonó cuando, en mil ochocientos cincuenta y uno, fué de delegado de Prusia á la Dieta federal, donde entró en abierta lucha con los ministros austriacos. Las impresiones que á la sazón recibiera las resumió en la frase: «Veo en nuestras relaciones federales un vicio que pronto ó tarde habremos de curar con el hierro y el fuego».

De este su nuevo convencimiento, la necesidad de una ruptura con Austria, dedujo toda su política. Nadie más realista ni menos atado por prejuicios ó por afectos; ni los recuerdos de mil ochocientos seis le estorbaron para buscar los buenos oficios de Napoleón, ni los de Olmütz para solicitar el apoyo de Gortchacof. Las deudas que con esto contraía no le atormentaban, fiando en su ingenio para eludir las. Cuanto más empeñada era la partida, ponía más probabilidades de su parte y calculaba más atentamente los golpes, sin dejar, empero, de confiarse á la fortuna, gustando, como los grandes jugadores, según frase de Lavisse-Rambaud, de rodear el peligro y sentir el abismo. Su poder de imaginación y su atrevimiento de empresa, distintivo de los políticos de alta talla, hallábanse templados, sin embargo, por una gran dosis de delicadeza, de prudencia y de buen sentido. No le paraban escrúpulos ni agravios, y estimaba los tratados como combinaciones momentáneas, que echaba á un lado no bien les había sacado las ventajas calculadas. Al subir al poder, dijo sin ambages al embajador austriaco: «Es menester que nuestras relaciones con Austria mejoren ó empeoren: deseamos la primera solución, más sin dejar de prepararnos para la segunda;» y como el conde Karolyi adujese que las dificultades derivaban de la historia y del papel que hacía siglos Austria desempeñaba en Alemania: «Llevad vuestro centro á 'Pesth», le replicó Bismarck. Desde este instante, aplicó sus cinco sentidos á prepararse aliados en Europa.

Le acusaban sus adversarios de buscar fuera con qué distraer la atención pública y resolver las dificultades interiores. Se equivocaban. Enemigo de los liberales, no tanto porque los temiera cuanto porque los juzgaba algo inocentes, con su manía de tomar fórmulas por fuerzas, no dejaba de reconocer á sus agravios fundamento legítimo. Comprendía que, si negaban al gobierno los créditos militares, era porque no creían en su energía, y deducía que el mejor medio de desarmar su oposición sería satisfacer el orgullo nacional. El Rey, apesadumbrado y rendido, pensaba abandonar el poder; Bismarck se mostró dispuesto á gobernar sin mayoría y sin presupuesto. A los diputados que le echaban en cara violar la Constitución, contestaba que la Constitución no había previsto el trance en que la Asamblea negase al soberano los recursos necesarios, que la vida era una serie de transacciones, y que, caso de conflicto por la injustificada resistencia de una de las partes, la que tuviese el poder debía marchar adelante. El conde Schwerin precisó esta fórmula en la célebre frase: «La fuerza se impone al derecho». Conforme á esta doc-

trina, la Cámara fué de nuevo disuelta en mil ochocientos sesenta y tres, por haber declarado que el ministro no merecía su confianza, y se autorizó á los funcionarios á suspender los periódicos después del segundo aviso. Se produjo en el país imponente agitación. Varios Consejos municipales suplicaron al rey restablecer la inteligencia entre la dinastía y el pueblo, y el príncipe real, siempre hostil á Bismarck, protestó públicamente de su política. De nada sirvió la presión que el ministro de lo Interior, Eulenburg, ejerció en las elecciones; los electores volvieron á enviar al Parlamento á los diputados de oposición, y las sesiones de mil ochocientos sesenta y tres y mil ochocientos sesenta y cuatro fueron de las más tempestuosas.

Esta crisis constitucional desconcertaba, en Alemania, á los partidarios de Prusia, y alentaba á sus adversarios á sacar partido de ella. El ministro austriaco, Rechberg, que en Francfort provocara en duelo á Bismarck, si de temperamento sanguíneo, tenía buen sentido, y conocedor de las debilidades de Austria y de su aislamiento en Europa, huía de grandes proyectos y de ambiciones desmedidas. Mas no todos sus compañeros estaban dotados de esta misma prudencia, y menos que ninguno Schmerling, presumido, desenvuelto y osado, á quien se le ocurrió, para asegurar en Austria el predominio del elemento germánico, la idea de establecer sólidamente la autoridad de Francisco José en Alemania. De su parte estaban los mismos directores del ministerio de Estado, Meysenburgo y, sobre todo, Biegeleben, instruido, pero dominado por ideas preconcebidas y prejuicios fanáticos; de su parte estaba el ayudante del Emperador, Mauricio Esterhazy, ingenioso, simpático, pero mal equilibrado y vacilante, que retrocedía con espanto ante los «microbios de la gota de agua que estudiaba al microscopio»; de su parte estaba el partido clerical, que, muy revuelto en toda Europa á consecuencia de los sucesos de Italia, combinaba una cruzada bajo la iniciativa de Austria. Francisco José, que se reservaba la dirección de la política extranjera, aunque muy concienzudo y dotado de rara memoria, no tenía inteligencia bastante para preservarse de las imprudencias de los que le rodeaban. Napoleón III le acusaba de carecer de energía; carecía más bien de constancia. En los asuntos importantes, elegía entre sus consejeros un confidente, cuyas inspiraciones seguía; pero, sintiendo menoscaba su personalidad, se separaba secretamente de su consejero en el instante mismo de darle la prueba decisiva de su favor, de donde resultaba en su política cierta incoherencia, á que contribuyeron también el desaliento y la tristeza que le causaran los desastres sufridos en Italia.

Por instigación de Schmerling, pues, Francisco José convocó el dos de Agosto, en Francfort, una Asamblea de todos los príncipes alemanes, que abrió el diez de Abril, exponiendo un plan de organización de Alemania concebido al intento de poner este país á su discreción. Conforme á este programa, gobernarían á la Confederación un directorio ejecutivo, compuesto del emperador de Austria, el rey de Prusia, el de Baviera y dos de

los soberanos de los otros Estados secundarios, y que presidiría Austria; un parlamento de trescientos representantes, elegidos por las Cámaras de los diversos Estados, y una asamblea de príncipes, encargada de aprobar ó desechar los acuerdos del parlamento. Pero esta tentativa fracasó lastimosamente. El rey de Prusia, por consejo de Bismarck, no asistió, siendo nulas, por su ausencia, las resoluciones de la Asamblea, y cuando Rechberg, que había aceptado el proyecto de Schmerling á regañadientes, propuso á los príncipes seguir adelante, éstos se excusaron.

Ni por un instante preocupó á Bismarck este ruido, y mientras sus adversarios corrían en pos de sombras que se desvanecían entre sus brazos, él se aseguraba la gratitud de Rusia, ofreciendo á Alejandro II espontáneamente su apoyo contra Polonia, según vimos en el capítulo anterior. A fines de mil ochocientos sesenta y tres, la situación política de Europa era muy favorable á los proyectos del canciller: Austria se hallaba desalentada por su abortada tentativa de Francfort; Francia, enemistada con Rusia y disgustada de Inglaterra; Prusia, fuerte con la amistad de Gortchakof, sólo tenía enfrente enemigos desconcertados y divididos. La muerte del rey de Dinamarca, Federico VII, acaecida el quince de Noviembre de mil ochocientos sesenta y tres, proporcionó al ministro prusiano ocasión de acometer la realización de sus planes.

El sucesor de Federico VII, Cristiano IX, confirmando la autonomía que su padre otorgara á la parte alemana de sus Estados, publicó, el diez y ocho de Noviembre, una Constitución aplicable al resto de su monarquía, ó sea á las provincias puramente escandinavas y á Sleswig. Toda Alemania protestó con violencia de este acto; Prusia atacó su validez; Federico de Augustenburgo reivindicó ruidosamente, no sólo Holstein y Lauemburgo, mas también Sleswig, y las tropas federales se pusieron en marcha hacia los ducados. Sleswig, á caballo sobre el Báltico y el mar del Norte, con la magnífica rada de Kiel, era para Prusia una presa tentadora. «Siempre pensé, decía más tarde Bismarck, que la anexión era la mejor de las soluciones». Para no alarmar á Europa, simuló censurar la intemperancia de la Dieta, no reconoció á Augustenburgo, se limitó á quejarse de que Dinamarca hubiese violado las condiciones del tratado de Londres, y le intimó otorgar á los ducados las garantías y la autonomía que reclamaban. La Cámara prusiana se indignó de tamaña debilidad, y le echó en cara entregar al extranjero las Marcas del Norte; en cambio, las potencias extranjeras, engañadas ó cómplices, le dejaron obrar. La más resuelta á intervenir, Inglaterra, fué detenida por este argumento que le urdió Bismarck: que las tropas federales, ocupando á Holstein y Lauemburgo, lejos de violar los derechos de Cristiano IX, los reconocerían implícitamente; pues del hecho de ser ejecutado en virtud del acta federal, se desprendería que era miembro de la Confederación y, por consiguiente, legítimo soberano de Holstein y de Lauemburgo. El ministro austriaco Rechberg, que á causa de sus últimos contra-